

en sus cuarenta años de existencia? Sin vana ostentación puede exhibir el barrio universitario con sus escuelas profesionales e institutos de investigación, la biblioteca central, las escuelas de temporada, las revistas y publicaciones de altos estudios, el teatro universitario, la casa del deporte, la extensión cultural y muchas otras actividades propias de una auténtica Universidad, que no se enclaustra en su saber, sino que se prolonga hacia el mundo circunstante.

Con la pujanza de un organismo joven, no se detiene en su desarrollo, y hoy se la ve floreciente y vigorosa, camino de estructurar su docencia bajo los auspicios de la UNESCO, como avanzada en América de lo que debe ser una Universidad moderna.

Con dinamismo e inteligencia, su actual Rector, don David Stitchkin Branover, reafirmando el espíritu humanista que le impregnaron sus organizadores, remoja su arquitectura docente, a fin de sintonizar el ritmo del progreso científico y técnico del pensamiento contemporáneo y cumpla de esta suerte la Universidad penquista su misión integral de formar hombres cabales al servicio de la colectividad.

TREINTA Y CINCO AÑOS DE "ATENEA"

EL 1º DE ABRIL DE 1924 apareció el primer número de "Atenea". Son treinta y cinco años ininterrumpidos, que podrían considerarse pocos para un país de larga trayectoria cultural; pero para el nuestro representa este lapso gran vitalidad, dada la escasez en publicaciones de la índole de "Atenea", expresión de creaciones literarias y de disciplinas científicas sin consesión a circunstancias efímeras e interesadas.

Subrayamos esta fecha aniversaria sin ánimo de exhibir ufanamente la permanencia de "Atenea" como ejemplo de lozanía espiritual. Lo hacemos para afirmar que desde sus orígenes ha permanecido fiel a los propósitos señalados por su primer cuerpo directivo y para valorar la significación que en nuestro medio intelectual entraña la jornada de esfuerzo y superación que ha debido emprenderse, a fin de que la revista no sufra bruscas alteraciones en su nivel cultural, que deseamos sea siempre el más alto, ni que tampoco se la desfigure, rebajándola de categoría, para satisfacción de indocitos y multitudes.

"Atenea" ha representado, en sus treinta y cinco años de vida, la ampliación de la voz de las letras chilenas en lo más genuino y valioso de ellas. En sus páginas han colaborado todos aquellos que sienten la necesidad de

comunicar sus emociones, revelar sus ideas, exponer sus meditaciones o transmitir su mensaje. Se puede decir, sin exageración, que ningún auténtico escritor nuestro se ha eximido de participar de su destino con el aporte de producciones suyas; y también en sus páginas se han dado a conocer a numerosos escritores jóvenes. "Atenea" no ha tenido barreras ideológicas ni doctrinarias de ninguna naturaleza, como que se ha orientado por el lema de la Universidad de Concepción, de la cual es uno de sus principales órganos: "Por el desarrollo libre del espíritu". Escritores de las más opuestas tendencias y distintas promociones han sido generosamente acogidos. Los más diversos géneros, temas, técnicas, estilos, enfoques se han yuxtapuestos en una especie de mosaico de la inquietud cultural del país. Por ello bien pudo ser calificada de receptáculo indiscriminado de opiniones y valores. Ha abierto sus brazos con igual efusión cordial al joven iconoclasta como al tradicionalista contumaz. No se ha polarizado en ningún extremo del pensamiento político, social y económico contemporáneo, ni se ha enrolado en ninguna beligerancia partidaria. Por sobre las pasiones que demarcan fronteras transitorias y convencionales, se alza la mirada de la diosa, bajo cuya égida de inteligencia y sonrisa ha hecho su camino durante treinta y cinco años.

Esta liberalidad para con los escritores no ha tenido más limitaciones que las exigidas para no rebajar la misión dignificadora y exaltadora que les incumbe: enaltecer la expresión, limpieza en sus intenciones, claridad en sus pensamientos, sinceridad en las convicciones, altitud en los propósitos, optimismo y fe en los destinos del país. O sea, todo aquello que constituye la esencia de la condición humana del mundo clásico, que en la antorcha de "Atenea" es la luz simbólica que ha iluminado a los pueblos occidentales desde hace miles de años, parpadeando a veces como si fuera a apagarse para luego reavivar su fuego que parece inextinguible.

En la emoción evocadora hay un espacio de gratitud y reconocimiento para la primera comisión directiva de "Atenea", formada por los señores Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (secretario). Gratitud y reconocimientos acentuados ante el nombre de don Enrique Molina, en cuya larga rectoría de la Universidad de Concepción dejó la impronta de su impulso creador y de su voluntad orientadora.

Asimismo, los nombres de quienes tuvieron la responsabilidad de dirigir la revista desde Santiago se suman a este homenaje recordatorio: Eduardo Barrios y Raúl Silva Castro, entre los vivos, y Domingo Melfi y Luis Durand,

si bien fallecidos, sobreviven en sus obras de crítica el primero, y en las de ficción el segundo.

Surgida desde el rincón de una provincia, "Atenea" se proyecta en el vivir de la colectividad con relieve nacional y ecuménico, como expresión de la cultura de un pueblo que ha logrado crear su tradición y permanecer abierto a todos los horizontes de donde soplan los vientos renovadores del arte, la ciencia y la técnica.